



ARTE

José María Lillo: Vida, agua o camino

Javier García Bresó

Hace ya algunos meses tuve la ocasión de observar la última exposición del 95 del pintor conquense José María Lillo, amigo y compañero en la Facultad de Bellas Artes. A pesar del tiempo transcurrido, las últimas obras de Lillo aún permanecen grabadas en mi memoria, quedé impresionado. Pero no sólo por la obra en sí, sino precisamente porque antes de conocerla ya conocía al autor. En ocasiones y casi sin pensar, en el mundo del arte se relacionan los estados anímicos o incluso la personalidad del artista con la obra. Por esta misma circunstancia nunca esperé encontrarme en la obra de Lillo colores tan cálidos, esperaba más tenebrismo y opacidad. Por eso la impresión al contacto con su obra fue realmente contrastante y atractiva, identificadora y profundamente alegre. La constante paisajística con la ausencia de personas me llevó a la consideración de que estaba ante un neorromántico, como primer pensamiento puede no estar mal, sin embargo no es el concepto que mejor define la obra de un artista que rompe con la abstracción no figurativa y se sitúa más cerca de lo material. En la mayoría de sus cuadros siempre aparece un elemento importantísimo para el hombre. En la obra de Lillo este elemento posee dos connotaciones, una material y otra ideal. De ahí que la vinculación romántica del autor no vaya más lejos que aquella de un pequeño porcentaje que todos poseemos.

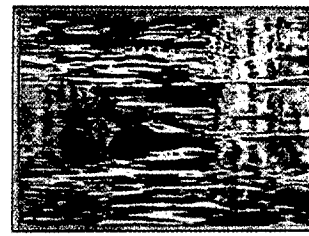
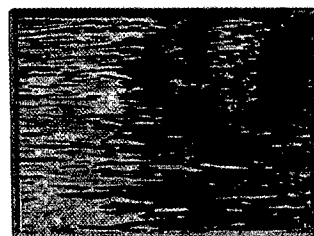
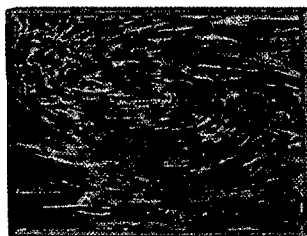
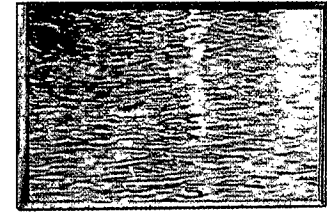
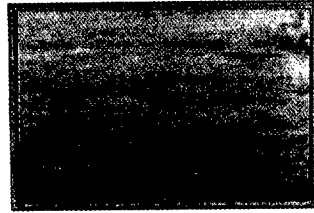
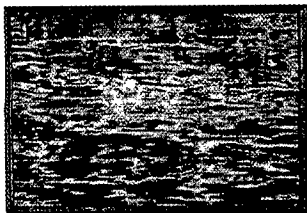
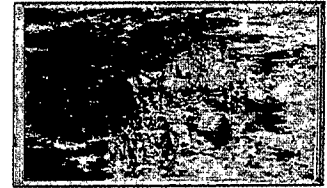
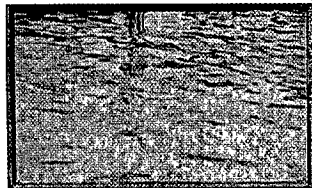
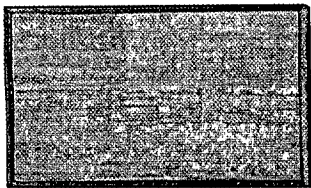
La exposición presentó varios lienzos sobre el políticamente anecdótico río Cabriel, *Las piedras del Cabriel*, y por supuesto sobre el río Júcar y su *piedra del caballo*; incluso como si de un despiste se tratase un pequeño paisaje en ocre del Gran Cañón del Colorado, Arizona (USA) entre otros.

Sin embargo donde Lillo enfatizó más su intención fue en la serie *Reflejos en el agua*. Aquí presenta un juego de colores y reflejos, su juego es una invitación al reflejo pero realizado con una gran maestría, el agua en movimiento constante no deja ver imágenes concretas, porque su elemento es el agua. Todo su lirismo visual es el agua, pero entendida ésta como un elemento figurativo abstracto que provoca una reflexión sobre la

vida, su origen y principio, es decir esa parte material de la que se compone el propio ser humano porque es de donde se origina y en otro aspecto donde lo material se desvanece porque aunque el reflejo existe no se puede visualizar nada más que colores y siluetas arrugadas que insinúan imágenes pero que nunca llegan a definirse. Lo más importante es que la visualización de la obra no satura, invita a la contemplación, cada detalle parece estar comunicado, como si quisiera hablar con el espectador. Es el fondo del artista, conduce de una manera suave y atractiva al espectador a formar parte de la obra, como diría el propio Lillo “es la parte de Narciso que todos llevamos dentro”. Así la serie *Reflejos* parece más bien la oferta del autor para que el espectador elija su identidad, su color, su reflejo, su otro yo en toda una sinfonía de colorido y suaves ondulaciones. Al final el espectador no elige un sólo color sino varios... todos. Igual sucede con las otras obras del río Cabriel y del Júcar, su invitación a formar parte del paisaje viene expresada por la tonalidad de sus colores cálidos, de luminosidad veraniega, de esa luz que tanto persiguió Van Gogh, el fondo ideal para la reflexión, para la meditación, un paisaje idílico y no bucólico, que funciona como la Gorgona, su mirada petrifica. En este caso Lillo “jucariza”, convierte el Júcar o el “río” en un espectáculo donde el espectador o se mimetiza o no tiene lugar y si escapas de un cuadro ¿quién sabe? quizá en el siguiente encuentres tu reflejo, tu identificación, tu propia mirada de Narciso. □



José M.ª Lillo:
Paisajes del Júcar.



José M.ª Lillo: *Reflejos sobre el agua.*